



15 MAR ADENTRO – RUTA 7

APOSTOLADO I

Querida tripulación, vamos a empezar la que tendría que ser la última de las charlas. Habíamos dicho siete pasos, siete cosas a tener en cuenta. La del Apostolado, que vamos a ver hoy, estoy sacándolo del Directorio de Tercera Orden, como muchas de las cosas, y me parece mejor darla en dos partes para no hacerla tan larga; y se puede dividir hoy en los principios que rigen el apostolado y después bajar más a la práctica. Aunque no es tan estricto. También ahora vamos a decir algunas cosas prácticas y en la segunda parte también vamos a ver algunos principios.

Recuerdo que las siete cosas eran:

1. La santidad, la importancia del Bautismo y de ahí nuestro deseo de santidad.
2. La centralidad de la Misa; la Confesión, con la frecuencia que habíamos dicho, en lo posible.
3. Todo lo que significa San Ignacio y los Ejercicios: Ejercicios una vez al año, retiro mensual o, un ratito al mes, revisar el plan de vida; si no se puede un día de retiro, puede ser una hora al mes; examen de conciencia, al menos diario una vez a la noche; si podemos el examen de conciencia particular que propone San Ignacio, mejor.
4. Todo lo que es la devoción a María Santísima: renovar la Consagración todos los años, el rezo diario del Santo Rosario y del Ángelus.
5. La formación la concretizamos en esta charlita semanal; implica varias cosas más.
6. La oración por los sacerdotes y las familias.
7. El apostolado.

Estamos en el último paso de lo que queremos ser, de lo que queremos vivir. Para hablar del Apostolado, estamos en el Directorio de Tercera Orden, en el 5º Capítulo, que involucra los párrafos del número 431 al 485; son más de 50 párrafos por eso lo voy a hacer en dos partes. No voy a leer palabra por palabra, pero sí bastante porque es muy bueno todo lo que dice; iré comentando un poco. Me costó resumirlo, por eso decidí mejor darlo en dos partes.

CAPÍTULO 1: La vocación laical al apostolado.

En primer lugar: el apostolado del laico. El laico tiene una vocación al apostolado. Por ahí comenzamos, la vocación laical al apostolado. Tenemos que lograr darnos cuenta de que todos estamos llamados a hacer apostolado, a atraer a otros a Cristo. No es una



prerrogativa solamente del sacerdote y de las monjas, ni del obispo ni del Papa, es de todos, y eso no lo tenemos tan presente. Parecería que el cura y la monjita se consagraron para eso. Nosotros somos laicos, tenemos la familia; sí, la familia, incluso es parte del apostolado, pero hay una llamada del Señor.

Vamos a citar varias veces un documento. Miren qué interesante, no sé si algún otro Concilio habrá habido, pero el Concilio Vaticano II tiene un documento, un decreto, sobre el apostolado del laico, “*Apostolicam Actuositatem*”¹. Muchas de las citas que voy a ir refiriendo son de ese documento que, probablemente, ninguno de ustedes o poquitos sepan eso, que tenemos un Concilio de hace 50 años donde todo un apartado nos habla del apostolado. Yo soy laico, yo soy laica, ¿qué me dice el Concilio?, ¿qué me dice el Espíritu Santo? Porque el Concilio, -como ya hemos dicho en la charla de Biblia², no sé si la escucharon-, en la Biblia, la Palabra de Dios está inspirada palabra por palabra, al menos en el idioma original; en las que son traducciones, está inspirada la idea por decirlo de algún modo. La asistencia del Espíritu Santo en los Concilios se dice que es una asistencia negativa; no es que cada palabra del Concilio es querida por el Espíritu Santo, así tal cual como en la Biblia; pero sí que no hay error, por lo que podemos decir que es del Espíritu Santo también; pero haciendo esa salvedad con la palabra de Dios.

Tenemos un documento de un Concilio, con todo lo que eso implica, que nos habla de la importancia del apostolado de los laicos. También hay un documento hermosísimo de San Juan Pablo II, que vamos a citar también, llamado “*Christifideles Laici*”. El otro documento se llama “*Apostolicam Actuositatem*”. Siempre toman el nombre de las primeras palabras en latín. Dice:

“...insertos en el bautismo en el Cuerpo Místico de Cristo, robustecidos por la Confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, son destinados al apostolado por el mismo Señor”. (*Apostolicam Actuositatem* n. 3).

Jesús mismo, a mí, a cada uno, a cada laico, me destina al apostolado por el Bautismo y la Confirmación.

El Bautismo nos incorpora al Cuerpo Místico de Cristo, eso también es una idea muy fuerte; -volveremos sobre ese tema- porque, por decirlo de algún modo, si un dedo tuviera vida, se daría cuenta que tiene que defender al otro dedo, porque son parte del mismo cuerpo. De hecho, así funciona el organismo y así funcionamos nosotros: si tenemos un órgano que no es vital y tiene cáncer y hay que sacarlo, lo sacamos. Estamos insertos en el mismo Cuerpo Místico. Estamos vinculados de una manera muy, muy real, aunque no visible, pero muy real, a la Cabeza que es Cristo y a cada uno de los miembros entre sí; por eso, no me puedo desentender de los demás, como si yo no tuviera nada que ver.

¹ [Apostolicam actuositatem](#)

²  ¡Dios me habla a mí! [Primera Parte] - Retiro Mensual - P Gustavo Lombardo



Dice así el Directorio con mucha fuerza:

“...nadie puede desentenderse de los demás sin cometer un atentado, un verdadero crimen contra los miembros de ese cuerpo místico, que repercute inevitablemente sobre su divina cabeza”. (**Directorio TOS, n. 432**).

Le hago un mal al Cuerpo de la Iglesia, a los otros miembros, pero también le hago un mal a Cristo que es la Cabeza de la Iglesia. No es algo que solamente es entre nosotros; también, obviamente, el Señor sufre porque no nos amamos. Cambiando lo que haya que cambiar, un padre, una madre, que ven a sus hijos que se pelean entre ellos y se hacen daño, ellos sufren; con más razón el Señor. Entonces, el Bautismo nos incorpora a Cristo, nos hace ser hermanos unidos al mismo Cuerpo y a la Cabeza que es Cristo.

“...la confirmación, que nos ha hecho Soldados de Cristo...”. (**Directorio TOS, n. 432**).

¿Qué hace un soldado? Un soldado defiende a quien tiene que defender; pero, sobre todo, está al servicio del bien común. Un soldado, en época de guerra, tiene que defender y “*milicia es la vida del hombre sobre la tierra*” (Job 7.1); pero también en los momentos que no son de guerra, el soldado está al servicio del bien común. Si hay una dificultad en alguna otra cosa que no sea exactamente una guerra, está al servicio. Si uno es soldado de Cristo y no quiere batallar por el Señor, no quiere defender al Señor, no quiere ganar almas para el Señor. San Ignacio, cuando nos habla del Llamamiento del Rey Eternal, de que tenemos que conquistar el mundo-, ¿qué es conquistarlo?-, es para Cristo, ganarlo para Cristo; pero habla en nomenclatura militar no sólo por la época, sino porque realmente somos soldados del Señor por la Confirmación.

Dice así el documento muy importante de Juan Pablo II, la encíclica “*Christifideles Laici*”, los laicos cristianos, los fieles laicos cristianos:

“Los fieles laicos, precisamente por ser miembros de la Iglesia, tienen la vocación y misión de ser anunciadores del Evangelio: son habilitados y comprometidos en esta tarea por los sacramentos de la iniciación cristiana y por los dones del Espíritu Santo”. (***Christifideles Laici* n. 33**).

Por ser miembros de la Iglesia, “tienen la vocación”, están llamados; y “la misión”, mandados. “Habilitados”, yo tengo la habilitación, el plácet, las facultades me las da el Señor. No tengo que tener vergüenza o miedo; vergüenza me puede dar, la tengo que vencer; o miedo porque si yo no soy el párroco, si no estudié. Tengo el Bautismo y la habilitación y el compromiso por los sacramentos de iniciación. Dice el Papa: por el Bautismo, Comunión y Confirmación; y, dice también, por los dones del Espíritu Santo.

Por el Bautismo, todos tenemos los dones del Espíritu Santo. A veces, los dones están un poco aletargados porque no los usamos mucho. ¿Por qué? Porque nos falta vida en el Espíritu, vida en el Señor, pero los dones los tenemos. Todos tenemos los dones del Espíritu Santo si estoy en gracia de Dios; si no estoy en gracia de Dios, no; pero ahí tengo



que volver a estar en gracia de Dios. Interesante: el Papa le agrega, además de los sacramentos de iniciación, los dones del Espíritu Santo.

“Los laicos tienen su papel activo en la vida y en la acción de la Iglesia, como partícipes que son del oficio de Cristo Sacerdote, profeta y rey.”

“Porque nutridos ellos mismos con la participación activa en la vida litúrgica de su comunidad, cumplen solícitamente su cometido en las obras apostólicas de la misma; conducen hacia la Iglesia a los que quizá andaban alejados; cooperan resueltamente en la comunicación de la palabra de Dios, sobre todo con la instrucción catequética; con la ayuda de su pericia hacen más eficaz el cuidado de las almas e incluso la administración de los bienes de la Iglesia”. (*Apostolicam Actuositatem* n. 10).

La liturgia es donde nos llenamos de Dios, donde damos culto a Dios y después participamos de las obras apostólicas.

Estamos siempre hablando de la vocación laical al apostolado. Tengo que sentirme llamado al apostolado en lo que pueda. Después vamos a ver todo lo que implica el deber de estado que hace que uno no pueda dejar el deber de estado por hacer apostolado. Mi primer apostolado es mi deber de estado; pero una cosa es que, por las circunstancias, yo no pueda y está bien -aunque a veces me gustaría hacer más apostolado-; y otra, es que no me sienta llamado. Ése es el problema: No sentirnos llamados a...

Sigue diciendo el Directorio, y ahora ya aplicándolo directamente a la Tercera Orden, con todos estos principios que viene dando el Concilio, el documento del Papa, los sacramentos:

“...a la Tercera Orden Secular de la familia religiosa del ‘Verbo Encarnado’ se le ‘impone la gloriosa tarea de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado en todas partes por todos los hombres’ -citando al Concilio-. Es éste no sólo un derecho sino un deber inalienable a esta institución”. (*Directorio TOS*, n. 434).

Somos miembros de la Tercera Orden del Instituto del Verbo Encarnado. Todas las terceras órdenes van a tener esa parte porque somos parte de la Iglesia. La Iglesia es misionera por esencia. Está acá destacado que es un derecho y un deber inalienable.

“La Tercera Orden Secular por tanto, es consciente de que la Iglesia es esencialmente misionera, y que por eso no puede ser ajena al llamado anhelante del Corazón de Jesucristo antes de subir al Padre: ‘*id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda la creación*’ (Mt 16, 15)...”. (*Directorio TOS*, n. 435).

Eso Jesús nos lo dice a todos. Quizás lo han meditado alguna vez, quizás no; pero son cosas dignas de ser meditadas, tomado como que Cristo me lo dice a mí, porque realmente me lo dice a mí, a cada uno: “*Id por todo el mundo*”.



“...por eso posee -la Tercera Orden- como objetivo inherente e indisoluble con su realidad llevar el evangelio a todos los hombres, de tal manera que todos puedan vivir con la vida nueva de la gracia”. (**Directorio TOS, n. 435**).

Un “objetivo inherente e indisoluble” son palabras bien fuertes. El objetivo es que todos se conviertan y estén en gracia. Y aquí algo que lo va a desarrollar un poquito más en el punto siguiente que es trascendental:

“Cada miembro al buscar unirse más íntimamente a Dios, busca necesariamente unir a todos los hombres con Dios, es decir, ‘hacer partícipes a todos los hombres de la redención salvadora’, -citando al Concilio-, sabiendo que la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es vocación al apostolado”. (**Directorio TOS, n. 436**).

Esa es la base de todo: unirse íntimamente a Dios. Si yo me quiero unir con Dios, -eso se me tiene que quedar claro en esta charla-, eso necesariamente va a dar, como resultado, que me quiera unir también con los demás por el amor; y que quiera, sobre todo, unir a los demás con Dios y a Dios con los demás. El amor hace ese juego por así decirlo. El amor es esa fuerza. Al respecto, nos decía un misionero eucarístico que una de las pruebas de que el adorador está haciendo bien la adoración en una Capilla de Adoración Perpetua, es que empieza él a buscar sus reemplazos, en el sentido de que no tiene respeto humano de decirle a alguien: ¿quieres hacer adoración?; porque ha gustado él lo que es estar con el Señor y quiere comunicarlo.

“La predicación y el apostolado están en perfecta concordancia con el fin de la Encarnación, *‘yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad’* (Jn 18, 37)”. (**Directorio TOS, n. 436**).

El fin de la Encarnación es salvar a los hombres. “...*testimonio de la verdad...*”, la predicación, el anuncio de la verdad del Evangelio.

Dice San Agustín: “El celo nace del amor”. ¿Qué es el celo? El celo es un amor pero muy fuerte. Los celos, humanamente hablando, a veces están mal y hay que corregirlos. Una persona celosa a veces es como un poco desordenada; pero también si hay alguien que no tiene ningún tipo de celo, no le importa nada de la persona amada en el sentido marital, ¿hasta qué punto la quiere? Tiene que haber un poquito. El celo implica ese cuidado. En la vida espiritual, en este aspecto del apostolado, el celo por las almas -que es un término muy conocido, una nomenclatura muy acuñada por la tradición-, “*animarum zelus*”, es el amor a las almas pero muy grande; buscar esa salvación de las almas pero con mucha fuerza. Dice San Agustín: “El celo nace del amor”; y el Directorio:

“‘El celo nace del amor’, de aquí que necesariamente el amor a Dios se debe verificar en el celo por la salvación de los hermanos...”. (**Directorio TOS, n. 437**).



El amor a Dios se tiene que unir, se tiene que concretizar. ¿Por qué? Lo que Dios más ama son las almas, por las cuales dio a su Hijo, por las cuales Cristo murió; no hay nada más hermoso que yo le pueda entregar a Dios que las almas. “No hay cosa más querida a Dios que la salvación de las almas”, dice San Juan Crisóstomo; y también decía lo mismo, con otras palabras, San Maximiliano Kolbe: “En nada brilla tanto la gloria de Dios como en la salvación de las almas”

Hay cosas que se dan en todos los santos, se repiten, porque no puede haber un santo que no ame a Dios, no puede haber un santo que no ame a Jesús, no puede haber un santo que no ame a la Virgen; son cosas que se repiten en todos. No puede haber un santo que no tenga celo por la salvación de las almas, no hay, no existe, no se puede, es imposible, porque brota del amor a Dios. Si yo amo a Dios, voy a querer, por un lado, que las almas se acerquen a Él porque el mismo Dios lo quiere. Es entender “*Tengo sed*” de Jesús en la Cruz, como que tengo sed de almas y, después, por las mismas almas, el amor a Dios me envuelve y me hace arder con la misma fuerza para que yo lleve a otras almas a Él.

San Juan Bosco toma una frase de la Escritura -que está hablando de otra cosa- en sentido espiritual: “*Da mihi animas, caetera tolle*”, dame las almas y quita lo demás. San Juan Bosco sólo quería almas; le decía a Jesús: sólo quiero almas, no importa todo lo demás -almas para dárselas a Él-. Todos los trabajos que han hecho los santos, incansables, todo por el celo de las almas.

Cuando hablamos del celo de las almas es librarlas del infierno, ¡es eso! Después que sean más santas, pero lo primero es librarlas del infierno. En un Ejercicio, leía la visión del infierno que tuvo Santa Teresa de Ávila y lo agradece a Dios; es uno de los dones más grandes que Dios le ha dado, dice ella. Una de “las mercedes más grandes” que Dios le ha dado por dos motivos; uno, dice: “porque no tengo miedo de sufrir cualquier cosa”, porque comparado con el infierno, cualquier sufrimiento aquí no es nada; y también, por el gran celo por las almas que eso le dio. Dice: si uno ve un alma sufrir en esta vida, aunque sabemos que algún día va a dejar de sufrir, nos aprieta el corazón, nos duele muchísimo si sufre mucho; ¿cómo vamos a poder sufrir que un alma se vaya al infierno para toda la eternidad?, ¿cómo podemos sufrir que el demonio se lleve tantas almas todos los días al infierno? Y eso actualicémoslo, si se quiere, a la Virgen de Fátima; lo mismo les dice a los pastorcitos. Santa Teresita del Niño Jesús decía: “Una sola cosa deseo: hacer amar a Dios”. Lo mismo, dicho de otra manera.

¿En qué se basa este celo? Es un efecto del amor que, así como nos hace amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, es imposible que ese amor no se vuelque en que también nuestros seres queridos, la gente en general, -tenemos que amar a todos-, puedan amar también a Dios y compartir. Por eso, no se puede amar a un condenado ni a un demonio, pero no es porque seamos malos, es porque este tipo de amor sobrenatural supone que podemos compartir a Dios, que es la fuente de todo el amor. Si hay alguna persona que ya no puede compartir a Dios, yo no puedo amarlo; no



se puede dar ese movimiento, porque no le puedo entregar el bien más grande. Dice Santo Tomás que no hay amor en el infierno, ni de nosotros hacia los que están en el infierno. No se puede. Se han hecho incapaces de recibir amor, porque el amor es compartir el bien mayor que es Dios.

“El apostolado es un efecto inevitable de la perfección. Cualquiera que quiera llegar a la santidad y prescinde del bien de los demás es un iluso”. (**Directorio TOS, n. 438**).

“Por eso es la aspiración, el anhelo y la obsesión de los laicos del Verbo Encarnado, llevar la luz del evangelio a todos los hombres, manifestando a Cristo al mundo desde la propia vocación laical”. (**Directorio TOS, n. 439**).

Aquí empieza poniendo algunos textos de Pablo VI, de la “*Evangelii Nuntiandi*”, un documento muy hermoso que nosotros tenemos en las Constituciones para leerlo, recomendado. Incluso, habría que estar dispuesto, si Dios así lo muestra en algún caso, si se es soltero o como familia, y se dan las circunstancias y sale alguna misión, estar como dispuesto. Nosotros no tenemos misiones que involucren a las familias. Hay algunos movimientos que tienen la misión de la familia como propio del movimiento. No es que es propio de que una familia vaya a misionar así. Puede darse el caso y hay que tener esa apertura. Es parte de ser católico el estar dispuestos. Dice Pablo VI y recoge el Directorio:

Hay que responder al pedido del Papa de “que los fieles laicos estén presentes, con la insignia de la valentía y la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura’ con el convencimiento de que ‘la grata noticia de Cristo renueva constantemente la vida y la cultura del hombre caído, combate y elimina los errores y males que provienen de la seducción permanente del pecado, purifica y eleva incesantemente la moral de los pueblos’, ya que es necesario, como pedía el papa Pablo VI a los seglares ‘hacer todos los esfuerzos en pro de una generosa evangelización de la cultura’”. (**Directorio TOS, n. 439**).

Primero en la cultura en general, que es lo que nos toca a cada uno. Hasta ahí estamos todos en el ámbito de lo que nosotros podemos hacer donde estamos.

“Dentro del amplio espectro de la vocación laical, queremos formar apóstoles que reediten en sus vidas el ejemplo de tantos seglares que supieron desvivirse por el bien de las almas”. (**Directorio TOS, n. 440**).

En ese sentido, es lindo ver el ejemplo de seglares laicos, padres y madres de familia, que son santos, o venerables, o beatos, que tuvieron un gran celo por las almas.

“...laicos generosos, que sientan que su alma se quema en la hoguera ardiente por la salvación de las almas, que sepan sentir con la Iglesia, sufrir y gozar con ella, -y, dice Pablo VI- ‘que estén dispuestos a abandonar su ambiente de vida, -si fuese necesario- su trabajo, su región o patria, para trasladarse a donde fuera menester.



Que se den matrimonios cristianos que, a imitación de Aquila y Priscila, estén ofreciendo un confortante testimonio de amor apasionado a Cristo y a la Iglesia, mediante su presencia activa en tierras de misión”. (**Directorio TOS, n. 441**).

Esos son como excepciones. Algún caso puede haber. Yo tengo tiempo, me siento llamado, justo se da un momento en mi vida, dispongo de este año un poco sabático, ¿por qué no lo entrego a la misión? ¿Por qué no?

“Dios nos conceda la gracia enorme y gratuita de que esta Tercera Orden de la familia religiosa del ‘Verbo Encarnado’ pueda contribuir humildemente en ayudar a la Iglesia a dar el gran paso adelante que necesita para iniciar la nueva, auténtica y eficaz evangelización de los pueblos”. (**Directorio TOS, n. 442**).

Hasta aquí el primer punto, la vocación. Tenemos que sentir vocación; es decir, el llamado de parte de Dios por el Bautismo, por la Confirmación, etc.; y, en algún sentido, actualizado, puntualizado, por ser miembro de la Tercera Orden, a hacer apostolado.

Después vamos a ver que ya con el hecho de cambiar el chip; por ejemplo, yo les decía recién a los padres, -aquí tenemos la catequesis, empezó hoy-, una pena que no puedo ir a los colegios, ni siquiera me dejaron poner un cartelito para decir que había catequesis en la parroquia. Yo les dije un poco el aviso al final. Una mamá, un papá, que se entusiasme con el tema, puede decirles a los otros padres en el colegio. Es un ámbito donde el cura no puede entrar; pero ellos sí: inviten a los niños.

Cuando uno quiere algo de verdad, cuando uno lo descubre, tiene creatividad, vence respetos humanos; por eso digo, primero, convencernos, seamos sinceros con nosotros mismos. Hay cosas que las creemos, en el fondo todos lo sabemos, sabemos las cosas pero no las podemos hacer carne, está en un nivel muy intelectual y, si bien es la gracia de Dios la que va haciendo que eso más intelectual se haga vida, que la pueda bajar al corazón y hacerlo como principio de obrar; sin embargo, la meditación del tema, meditarlo en la oración -por eso San Ignacio, con los Ejercicios, nos hace meditar tanto- y pensar el tema, nos puede hacer muy bien.

Si yo sé que lo que dijo el padre en la charla es cierto, ¿por qué en mi caso no me mueve, no me cambia mucho? Tendré que empezar a pensarlo, a pedirle a Dios la gracia, “*Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá*”. ¿Qué me estará fallando? ¿La fe? ¿Me estará fallando el amor a Jesús? ¿Será un poco y un poco? Tenemos que tender a preocuparnos, después vamos a concretizar. Los primeros son los nuestros, la familia, la vecina que me saluda todos los días que no sé si va a Misa los domingos. Después habrá que ver si hay que hacer algo más, pero a veces no tenemos eso ni siquiera para los más cercanos.

Entonces, primero, la vocación al apostolado. Todos tenemos esa vocación al apostolado.



CAPÍTULO 2: La unión con Dios.

En segundo lugar, muy importante: la unión con Dios ¿De dónde voy a sacar la fuerza y todo lo que eso implica? De Dios, sólo de Dios. Hay un libro que se lo recomiendo para que lo lean alguna vez, un libro antiguo, “El alma de todo apostolado”³, del abad Dom Jean-Baptiste Chautard, es un libro clásico; todo el contenido del libro es, justamente, para probar cómo el alma de todo apostolado, -así como un cuerpo sin alma no puede hacer nada, es un cuerpo muerto; el apostolado sin el alma no es nada-, el alma de todo apostolado es la unión con Dios, es mi santidad. Es lo que vamos a tratar ahora en esta partecita.

“Como piedra basal y fundamento de toda acción apostólica los laicos deben buscar la íntima unión con Dios. Entre la perfección y el apostolado debe haber una unión estrechísima. La vida interior es el alma de todo apostolado y la garantía de su eficacia;...”. **(Directorio TOS, n. 443).**

No hay eficacia en el apostolado si no hay unión con Dios, por más que se pueda juntar a mil personas para una charla, no va haber eficacia, o va a haber mucho menos. San Alberto Hurtado hace un comentario sobre los tres grados de humildad; cuando habla del segundo grado de humildad, que es aquel que rechaza, que está dispuesto a morir, no solamente por un pecado mortal, sino también por un pecado venial, antes de cometerlo, dice: “Esta disposición forja a los verdaderos apóstoles”. Si yo vivo en pecado mortal, no puedo pensar que voy a ser apóstol; lo primero que tengo que hacer es confesarme. Si después de confesado vivo apegado a un pecado venial deliberado, -total, como es venial lo sigo haciendo-, me tengo que olvidar de poder ser un gran apóstol; puedo hacer el bien, obviamente, estoy en gracia; pero el apóstol es el que lucha contra el pecado, porque si yo quiero transmitir a los demás el amor de Dios, tengo que combatir, en primer lugar, lo que en mí mismo es un obstáculo al amor de Dios.

“Todo apostolado se cimenta en esta verdad. Será vano derramarse en obras exteriores si se pierde de vista este fin:...”. **(Directorio TOS, n. 443).**

No sirve. De hecho, San Juan de la Cruz dice que aquellos que quieren ganar el mundo con lo que hacen, más les serviría la mitad del tiempo rezar y harían muchísimo más con una obra que con mil. El Directorio cita al Concilio:

“La fecundidad del apostolado seglar depende de la unión vital de los seglares con Cristo... de tal forma que no separen la unión con Cristo de su vida personal, sino que crezcan intensamente en ella realizando sus tareas según la voluntad de Dios... ni las preocupaciones familiares ni los demás negocios temporales deben ser ajenos a esta orientación espiritual de la vida, *«todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por Él»* (Col 3, 17).” **(Directorio TOS, n. 443).**

³ El Alma de todo Apostolado.pdf



Seglar viene de “*século*” que significa siglo; es decir, apostolado de los laicos que viven en el siglo. Nosotros estamos consagrados; de alguna manera, estamos fuera de la vida secular, del siglo; porque, por ejemplo, no tenemos familia carnal, vivimos aparte en ese sentido. Cuando se dice seglar siempre es el apostolado laical.

Tengo que buscar la unión con Cristo en todas mis tareas; esa es la unión con Dios que me va a ayudar, después, a hacer apostolado; y las mismas tareas esas, son apostolado.

Todo lo hacemos en Nombre del Señor Jesús. En otra parte dice “*ya comáis, ya bebáis, hacedlo para Dios*”. Yo tengo que buscar la santidad en todo lo que hago; y buscando la santidad en todo, podré ser un apóstol porque de ahí brota el apostolado.

“Dentro del amor de Dios y como base también de toda acción apostólica, debe destacarse por el fiel y perfecto cumplimiento **del deber de estado**”. (**Directorio TOS, n. 445**).

La unión con Dios, a todos nos viene con la consecuencia lógica de que tengo que hacer Su Voluntad; y la Voluntad de Dios, primero, es que yo cumpla bien con el deber que me toca y es el primer apostolado que todos tenemos.

“Es imposible construir cualquier obra apostólica si no se cimenta sobre las primeras obligaciones fiel y legítimamente cumplidas”. (**Directorio TOS, n. 445**).

Por ejemplo, si un padre de familia o madre de familia que, por atender a un apostolado, deja a la misma familia o deja el trabajo, no lo hace bien, ¡no!; porque mi unión con Dios primero viene por mi deber de estado, como madre, como padre, como esposa, como esposo. Lo mismo en el caso nuestro, de los sacerdotes; por ejemplo, no puedo dedicarme a visitar casas y no rezar; mi deber de estado implica que yo tengo que rezar, -todos tenemos que rezar-, pero en mi caso, incluso, tengo horas canónicas que rezar, obligación de horas canónicas. No puedo. No le voy a hacer bien a esa gente a la que estoy visitando en esa casa, ¿por qué?, porque no estoy cumpliendo con mi deber de estado, que es lo primero que me une con Dios; si no tengo unión con Dios, ¿qué le voy a entregar a los demás? Tenemos que ser fuentes que desborden agua que es el amor de Dios y se lo damos a los demás. Si yo no tengo agua, no tengo el agua del Espíritu Santo o la tengo sucia, a los otros no les voy a hacer más que daño.

“Cumplimiento exacto de todos los deberes del propio estado: he ahí el primer grado absolutamente indispensable de nuestra propia crucifixión. A semejanza de Cristo que estaba sumiso a sus padres, se debe lograr una perfecta fidelidad a las propias obligaciones, ante Dios, la familia, la sociedad y la patria, pese a las dificultades, las humillaciones y las miserias a que podemos quedar expuestos, por ser fiel al deber y a la verdad”. (**Directorio TOS, n. 446**).

Así como decíamos que el apostolado es cruz y, lo vamos a decir muchas veces, -si yo quiero hacer un apostolado tengo que estar dispuesto a sufrir algo por el Señor; si no, es imposible, porque Él nos salvó desde la Cruz-, mi primera cruz es mi deber de estado.



Repito esta frase, me gustó mucho, es del padre Buela o de alguien que le haya ayudado a escribir esto; pero él es el que dio el plácet a todo.

Y aquí otra vez el Concilio:

“...los laicos ‘siguiendo a Jesús pobre, no se abaten por la escasez ni se ensoberbecen con la riqueza; imitando a Cristo humilde no ambicionan glorias vanas, sino que procuran agradar a Dios antes que a los hombres, dispuestos siempre a dejarlo todo por Cristo y a padecer persecución por la justicia, recordando las palabras del Señor *‘si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame’* (Mt 16,24)”. (**Directorio TOS, n. 446**).

Tengo que tener unión con Dios; sino tengo unión con Dios, no puedo hacer apostolado. La unión con Dios no la puedo separar del cumplimiento del deber de estado, no la puedo separar. Hay una parte de la unión con Dios que es la vida espiritual, de la cual hablamos cuando hablamos del deseo de santidad; cuando hablamos de la formación, también hablamos de la oración. Aquí nos referimos a la unión con Dios en el diario vivir: “el cumplimiento del deber de estado” es mi primer apostolado porque es mi primera unión. A nosotros, por ejemplo, se nos dice, en la vida religiosa, el primer apostolado que tengo yo, como religioso, es el otro miembro o los otros miembros de la comunidad con la cual vivo; yo no puedo pensar que voy a ayudar a la conversión de las almas sino no me llevo bien con el que tengo al lado, no se puede. La caridad empieza por casa, y, además, que el testimonio es el que convierte. Cada uno tiene su deber de estado y se parte por ahí.

“Cumplimiento que debe hacer lucir un auténtico **testimonio de vida** cristiana, haciendo patente a Cristo vivo”. (**Directorio TOS, n. 447**).

El Directorio lo pone como algo distinto: deber de estado y, como consecuencia, testimonio de vida cristiana. Y aquí, citando a Juan Pablo II en la “*Christifideles Laici*”:

“Desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, los laicos contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad?”. (**Directorio TOS, n. 447**).

Nosotros tendríamos que distinguarnos donde estemos, en lo que hagamos, en el trabajo, donde sea, por ser católicos. Ése es el primer testimonio. Una vez, visitando una cárcel, decían que los evangélicos son los que mejor andan allá, son los que dejan de tomar; bien por los evangélicos. Pero, ¿dónde estamos?, ¿qué estamos haciendo? En la vida social, que una persona sea católica, como venimos de tradición católica, que es bueno, pero una tradición que no se hace vida, me quedé con el Bautismo. Aquí en Europa no hay ni bautismos, en Latinoamérica hay más.



Si es católico, uno tendría que decirlo. Por ejemplo, tengo una pequeña empresa y tomo un trabajador que es católico, ya tengo la mitad de la decisión tomada porque sé que no me va a robar, que va a ser responsable; lamentablemente, ni siquiera me va a decir que es católico cuando se presente; y si es católico, que me muestre que lo es. Ahí está la famosa frase: católico practicante o católico no practicante (que sólo tiene el Bautismo). Testimonio de vida.

“Todos los miembros de esta Tercera Orden deben aspirar a realizar de sus vidas un testimonio vivo y candente de la vitalidad de la Iglesia, que hablen y obren con el ejemplo, que se caractericen ante los demás por la práctica efectiva de las virtudes cristianas, porque llevan a Jesús y a María en la sangre, sabiendo que *las palabras mueven pero los ejemplos arrastran*”. (**Directorio TOS, n. 447**).

Son palabras fuertes: testimonio vivo y candente, práctica efectiva de las virtudes, llevo a Cristo y María en la sangre. Eso también buscan los Ejercicios Espirituales: la Consagración a la Virgen, vivir la Misa como un sacrificio, me entrego con Cristo, todo tiene que llevarme a esto. Y aquí, Juan Pablo II dice:

“A los fieles laicos... les corresponde testificar cómo la fe cristiana constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad”. (**Directorio TOS, n. 447**).

Primero tenemos que convencernos de eso. ¿Estoy convencido que la única respuesta plenamente válida al sentido de la vida del hombre es Cristo? Si no estoy convencido de eso, no voy a convencer a nadie. Primero me tengo que convencer yo; convencido yo, no sólo intelectualmente sino existencialmente, puedo entonces tratar de convencer a los demás por el apostolado. Citando la “*Christifidelis Laici*”:

“La síntesis vital entre el Evangelio y los deberes cotidianos de la vida que los fieles laicos sabrán plasmar, será el más espléndido y convincente testimonio de que, no el miedo, sino la búsqueda y la adhesión a Cristo son el factor determinante para que el hombre viva y crezca y para que se configuren nuevos modos de vida más conformes a la dignidad humana’... ‘Los seglares cumplen en el mundo esta misión de la Iglesia, ante todo con la concordancia entre su vida y su fe,...’”. (**Directorio TOS, n. 447**).

Síntesis entre el Evangelio y los deberes. Benedicto XVI y creo que Juan Pablo II también, decían que el gran problema de nuestra época es el divorcio entre la fe y la vida. Tengo fe, pero en mi vida no se refleja eso, no doy testimonio de esa fe.

El Concilio Vaticano II formula la misma idea: lograr ser testimonios y ejemplos de vida.

Uno no va a decir: “voy a empezar a hacer apostolado cuando llegue a la santidad”; porque, como vamos a ver, también el hacer apostolado, me va haciendo bueno; el buscar la salvación de las almas, me va haciendo amar más a Dios también. San Juan Pablo II



dice: “La fe se robustece dándola”; pero no quita eso que yo tengo que buscar lo más que puedo, con toda la fuerza, mi santidad, mi perfección en el sentido evangélico: ser mejor esposo, mejor esposa, mejor padre, mejor madre, mejor abuelo, mejor abuela, mejor vecino, mejor vecina, mejor en mi trabajo, mejor en los pequeños y no tan pequeños detalles.

Me costaba resumir porque me gustaban mucho los textos. Me parece que van muy al hueso de cosas, repito, de las que no estoy diciendo nada nuevo; pero lo importante es si lo bajamos al corazón y logramos que esto se haga vida en nosotros. Dice el Concilio:

“Los seglares cumplen en el mundo esta misión de la Iglesia, ante todo con la concordancia entre su vida y su fe, con la que se convierten en luz del mundo; con la honradez en todos los negocios, la cual atrae a todos hacia el amor de la verdad y del bien y finalmente a Cristo y a la Iglesia;...”. (**Directorio TOS, n. 447**).

Somos luz del mundo. ¿Siento que soy luz del mundo? Cuidado con la falsa humildad: “Yo soy luz del mundo si Cristo me lo dice”. **Debo** ser luz del mundo con la luz que Él me da.

Entonces, con el testimonio de su vida y su fe, con lo que somos luz del mundo, con la honradez en los negocios. Tenemos que ser honrados. Si no cumplo la justicia en esas cosas, ¿qué testimonio voy a dar? La caridad supone la justicia; está por encima pero la supone.

“...con la caridad fraterna, por la que, participando en las condiciones de vida, trabajo, sufrimientos y aspiraciones de los hermanos, disponen insensiblemente los corazones de todos hacia la acción de la gracia salvadora, con la plena conciencia de su papel en la edificación de la sociedad...” (**Directorio TOS, n. 447**).

Vivir la caridad, vivir la justicia, en donde estoy, en lo que hago, como parte de esa unión con Dios. Me uno con Dios; no estamos hablando de la unión con Dios en la oración que sí es importantísima, pero acá bajamos: la unión con Dios en lo que primero que tengo que hacer para unirme, que es cumplir su voluntad; y lo primero, entonces, es el deber de estado y el testimonio de vida. La base del apostolado está ahí. Y si por lo pronto no puedo hablar a nadie de nada, pero estoy cumpliendo bien mi deber de estado, estoy haciendo mi parte, muy importante, que es la base; y con el ejemplo que doy a los demás (aunque nadie me diga nada), con la Comunión de los Santos, -el bien que hago redundo en los demás-, puedo estar bien tranquilo que estoy siendo apóstol. El deber de estado ocupa el trabajo y la familia: entre ellos ¡ya se va todo el tiempo! Bueno. ¡Qué santificación más grandel, ¡y qué apostolado también!; porque se están santificando las almas de esos niños, que son los hijos, a los primeros que hay que catequizar.

Por último, este punto habla del apostolado de la oración. Tengo que vivir una unión con Dios, trabajar en mi propia santidad para de ahí pueda hacer apostolado: la unión con Dios en el deber de estado, la unión con Dios en el testimonio de vida y la unión con



Dios en la oración. No la oración como un tema espiritual sino la oración como apostolado:

“Como fuente principalísima de la acción apostólica deben apuntar a ser apóstoles con la oración, ya que es la forma de todo apostolado, por eso siempre se alentarán las cofradías o movimientos que promuevan el genuino **apostolado de la oración**, como el medio primero y principal para continuar la propagación del Evangelio,...”.
(Directorio TOS, n. 448).

La forma no es la figura. En filosofía, la forma es lo que hace que la cosa sea lo que es; es decir, una forma nuestra es el alma. Si nosotros no tenemos alma, no somos seres humanos. Pero también las cosas inanimadas tienen forma y los animales también tienen forma. Si es la forma del apostolado, si no hay oración por el apostolado, no hay frutos para nada; porque falta la forma que es lo más importante, como un cuerpo que le falta el alma. Primero y principal. Por eso, se dice en las Constituciones y en el Directorio nuestro de vida contemplativa, que las religiosas y los religiosos contemplativos, que están rezando y ofreciendo sacrificios en un monasterio, van a la vanguardia en la misión. A mí todavía me tienen que perdonar las monjitas de un convento en San Rafael porque, yo, diácono inexperienced, les dije que ellas estaban a la retaguardia, haciendo como la resistencia y, ¡no!, ellas tenían bien claro que estaban a la vanguardia. Las oraciones llegan antes que el misionero; el misionero llegó y ya estaban rezando por eso, estaban ofreciendo sacrificios, las gracias se estaban derramando antes.

No pensemos que hacemos poco cuando rezamos, ¡hacemos muchísimo! Por ejemplo, el Rosario por este apostolado. También es algo que lo sabemos y que, a veces, nos cuesta convencernos del todo porque no somos santos. Si tuviésemos más fe, si este Rosario lo ofrezco por tal misión, nos sentiríamos que estamos ahí; o como Santa Teresita que estaba enferma y caminaba por el patio: “Camino para que camine un misionero”.

“...pedid y se os dará, buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque quien pide recibe, quien busca halla y a quien llama se le abre (Mt 7,7-8); lo que pidiereis en mi nombre, eso haré, para que el padre sea glorificado en el Hijo, si me pidiereis alguna cosa en mi nombre, yo lo haré (Jn 14,13-14)”. **(Directorio TOS, n. 448).**

“Con un amor desinteresado a Dios, de modo específico, los miembros laicales del Verbo Encarnado se destacarán por **la ayuda a los sacerdotes, religiosos y religiosas**, que son los representantes de Dios en la tierra, los puestos por Dios para dirigir a la Iglesia, siendo serviciales para siempre colaborar, para que ellos encuentren siempre en estos laicos manos dispuestas para colaborar en la gran empresa de la evangelización”. **(Directorio TOS, n. 449).**

Así como nosotros, dentro de los tiempos que tenemos, nos debemos sobre todo primero a los laicos de la parroquia, los laicos terciarios tienen para nosotros cierta



preeminencia en cuanto al tiempo dedicado, porque son terciarios; así también al revés, tratar de ayudar a los consagrados en la tarea de la evangelización.

¡Ave María y adelante!

P. Gustavo Lombardo, IVE